

MARÍA STEPÁNOVA

EN MEMORIA
DE LA MEMORIA

TRADUCCIÓN DEL RUSSO
DE JORGE FERRER

BARCELONA 2022



A C A N T I L A D O

TÍTULO ORIGINAL ПАМЯТИ ПАМЯТИ

Publicado por
A C A N T I L A D O
Quaderns Crema, S.A.

Muntaner, 462 - 08006 Barcelona
Tel. 934 144 906 - Fax. 934 636 956
correo@acantilado.es
www.acantilado.es

© 2018 by Suhrkamp Verlag, Berlín. Todos los derechos reservados
De la edición original en ruso © 2017 by Новое издательство, Moscú
© de la traducción, 2022 by Jorge Ferrer Díaz
© de esta edición, 2022 by Quaderns Crema, S.A.

Derechos exclusivos de edición en lengua castellana:
Quaderns Crema, S.A.

La traducción de este libro ha recibido el apoyo
del Institute for Literary Translation de Russia



AD VERBUM

ISBN: 978-84-19036-07-0
DEPÓSITO LEGAL: B. 13 349-2022

AIGUADEVIDRE *Gràfica*
QUADERNS CREMA *Composició*
ROMANYÀ-VALLS *Impressió y encuadernación*

PRIMERA EDICIÓN *septiembre de 2022*

Bajo las sanciones establecidas por las leyes,
quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización
por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total
o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico o
electrónico, actual o futuro—incluyendo las fotocopias y la difusión
a través de Internet—, y la distribución de ejemplares de esta
edición mediante alquiler o préstamo públicos.

CONTENIDO

PRIMERA PARTE

1. Un diario ajeno	11
2. De los inicios	28
3. Unas cuantas fotografías	50
4. El sexo de los muertos	64
No capítulo. Leonid Gurévich, 1942 o 1943	78
5. El aleph y las consecuencias	82
6. El interés amoroso	91
7. La injusticia y sus distintas facetas	103
No capítulo. Nikolái Stepánov, 1930	116
8. Lagunas y desvíos	117
No capítulo. Liolia (Olga) Fridman, 1934	129
9. El problema de elegir	134

SEGUNDA PARTE

1. Un niño judío se esconde	151
No capítulo. Sarra Guinzburg, 1905-1915	163
2. El <i>selfie</i> y las consecuencias	176
3. Goldchain suma, Woodman resta	189
4. Mandelstam desecha, Sebald recoge	208
No capítulo. Liolia (Olga) Gurévich, 1947	226
5. Por un lado, por el otro lado	227
6. Charlotte o la desobediencia	244

No capítulo. Los Stepánov: 1980, 1982, 1983, 1985	261
7. La voz de Jacob, la foto de Esaú	268
8. Liodik o el silencio	282
9. Joseph o la obediencia	323
10. Las cosas que no sé	345

TERCERA PARTE

1. No escaparás a tu suerte	375
2. Lió nichka, el de la habitación de los niños	413
3. Los niños y las niñas	449
4. La hija del fotógrafo	480

¿Y de qué sirve un libro—pensó Alicia—si no tiene ilustraciones ni diálogos?

LEWIS CARROL

—Ya tienes edad para saberlo, se ve que sí. Mira, tú bebe con los vivos, embriágate si quieres, pero nunca bebas con los muertos—me dijo la abuela.

Yo no daba crédito:

—¿Cómo voy a beber con los muertos? ¿Acaso es posible eso?

—Pues, por supuesto—respondió la abuela—. Es con los muertos con quienes se bebe más a menudo. Tú guárdate de hacerlo. Te bebes una copa y pasan cien años. Te bebes otra y pasan cien más. Una tercera y lo mismo. Y cuando sales a la calle resulta que se te han escapado trescientos años. Y no te conoce nadie, porque te has divorciado del tiempo.

Yo pensé que trataba de asustarme.

VÍKTOR SOSNORA

—¡Qué horror!—exclamaron las damas—, ¿acaso habéis encontrado algo aquí que os sorprenda?

ALEKSANDR PUSHKIN

PRIMERA PARTE

1. UN DIARIO AJENO

Murió mi tía Galia, hermana de mi padre. Tenía poco más de ochenta años. No estábamos muy apegados y una larga lista de divergencias de opinión y agravios que acumulaba la familia era responsable de ello. Mamá y papá mantenían con ella unas relaciones, digamos, complejas, no nos veíamos a menudo y entre nosotros no se había forjado ningún vínculo que tuviéramos como propio. Nos telefoneábamos muy de vez en cuando, nos veíamos todavía menos, y con los años, después de que desconectara el teléfono («¡No quiero saber de nadie!»), la tía se hundió todavía más hondo en el marco que había construido con sus propias manos: la masa de cosas y cosillas que constituía su pequeño apartamento.

La tía Galia vivía presa del ansia de la belleza. Su sueño era alcanzar la decisiva, definitiva, colocación de los objetos que poseía, pintar las paredes y colgar las cortinas de manera óptima. En una ocasión, hace unos años, se embarcó en una limpieza general que fue apoderándose de toda la casa poco a poco. Se la pasaba sacudiéndolo todo y eligiendo lo imprescindible. Se impuso estudiar y catalogar el contenido del apartamento: cada taza requirió un pensamiento, los libros y los papeles perdieron su condición primigenia para convertirse en meros usurpadores del espacio, y ahora, apilados y amontonados, segmentaban el apartamento levantando barricadas. La vivienda tenía dos habitaciones y a medida que los objetos se fueron apoderando del espacio, Galia pasó de una a otra llevándose consigo todo lo necesario. Pero pronto en la segunda habitación comenzó el proceso de selección y estimación. La casa había sacado a la luz sus entrañas y no sabía cómo devolverlas a su sitio. Se había perdido la distinción entre lo importante y lo superfluo; ahora todo tenía alguna

significación, especialmente los periódicos amarillentos reunidos a lo largo de décadas y las altas columnas de recortes que cubrían las paredes y la cama. En un momento dado, la dueña de la casa sólo podía acomodarse en un pequeño sofá desfondado, donde en una ocasión de la que guardo un recuerdo especial permanecemos sentadas un buen rato las dos en medio de un enfurecido mar de tarjetas postales y revistas de variedades. Ella intentaba que me comiera unos calabacines que había preparado siguiendo cierta receta y atiborrarme con unas chocolatinas especialmente caras y reservadas a las visitas, mientras yo rehusaba avergonzada. El titular en el recorte de periódico colocado en lo alto del montón que quedaba más cercano a nosotras decía: «¿Qué santo rige tu signo del zodiaco?». El nombre de la publicación y la fecha aparecían cuidadosamente escritos en lo alto del papel muerto, con su espléndida caligrafía y tinta azul.

Llegamos una hora después de haber recibido la llamada de la enfermera. La escalera estaba en penumbras; se oía un pertinaz zumbido. En los peldaños y el rellano esperaban desconocidos que se habían enterado de la muerte y habían llegado a la carrera antes que nosotros para ofrecer los servicios que son de rigor en estos casos. Básicamente, ayudar con el papeleo: llevar los documentos a sellar, ponerlo todo en marcha. ¿Quién les habría avisado? ¿Acaso la policía? ¿Los médicos? Uno de ellos pasó con nosotros a la habitación y permaneció allí de pie, sin quitarse la chaqueta.

La tía Galia murió la noche del 8 de marzo, el día de la fiesta soviética de las mimosas y las tarjetas postales con imágenes de patitos, uno de los días en que nuestra familia solía reunirse en torno a la mesa desplegada, apropiada para recibir visitas. En esas ocasiones se servía gaseosa en copas oscuras de color rubí y hacían acto de presencia las cuatro ensaladas ineludibles: la de zanahoria con nueces, la de remo-

lacha con ajos, la ensalada de queso y la gran conciliadora: la Olivier, la ensaladilla rusa. Pero hacía ya treinta años que esas reuniones no se convocaban. Cesaron incluso antes de que mis padres se marcharan a vivir a Alemania, la tía Galia se quedara en Rusia y los diarios comenzaran a ocuparse de asuntos inquietantes, como los horóscopos, las recetas y los remedios familiares.

Lo que la tía no quería en modo alguno era ir a parar a un hospital, y argumentos para ello no le faltaban. En un hospital habían muerto sus padres, mis abuelos, y Galia tenía su propia experiencia con la sanidad pública. No obstante, las cosas llegaron al punto en que se requería llamar a una ambulancia, y así se habría hecho de no ser porque era festivo y se decidió esperar al lunes, día laborable, circunstancia que le concedió a Galia la posibilidad de tumbarse de lado y morir dormida. En la habitación contigua, la ocupada por la enfermera, numerosas fotografías y dibujos de mi padre, Misha, ocupaban todo el ancho de la pared en orden escaqueado. La más próxima a la puerta era una instantánea en blanco y negro que pertenecía a la serie que tomó en una clínica veterinaria en la década de 1960, mi preferida. Es una fotografía espléndida. Un perro y su amo esperan su turno. El amo es un sombrío muchacho de unos catorce años y apoya el hombro sobre su perro, un boxer.

Ahora el apartamento de la tía Galia tenía un aire de pasmo, de encogimiento, atiborrado como estaba de objetos súbitamente devaluados. Las secas armazones de varios televisores callaban en los rincones de la habitación principal. Un frigorífico nuevo y enorme estaba completamente lleno de col congelada y hogazas de pan («A Misha le gusta mucho el pan. Tú compra bastante»). En los estantes estaban todos los libros que uno solía saludar cuando venía de visita, como quien da los buenos días a un familiar: *Matar a un ruiseñor*, el libro de

Salinger con las tapas de color negro y un niño en la cubierta, los lomos azules de la Biblioteca de poesía, los volúmenes grises de Chéjov, los verdes de Dickens. Había otros viejos conocidos en las baldas: un perro de madera y otro, amarillo, de plástico, y la talla de un oso con un banderín sujeto de un hilo. Todos parecían dispuestos a emprender un viaje; todos de repente abocados a dudar de su propia utilidad.

Cuando me puse a ordenar los papeles unos días más tarde, no encontré casi nada escrito entre las fotografías y las tarjetas postales. Había montones de ropa interior de invierno y calzoncillos de uniforme, y también faldas y americanas nuevas y bonitas, ropa para grandes ocasiones y, por lo tanto, apenas estrenada y todavía con el olor de las tiendas soviéticas. Había una camisa bordada de antes de la guerra y pequeños broches de hueso, broches delicados, de señorita: una rosa, otra rosa, una cigüeña. Estos últimos pertenecieron a la madre de Galia, mi abuela Dora, y nadie los llevó en cuarenta años. Entre todos esos objetos que ahora se hacían polvo ante mis ojos existía un nexo directo e incuestionable, que sólo adquiriría un sentido si se los concebía como un todo, se los ubicaba en el marco general de la duración de la vida. En un libro que trataba sobre la naturaleza del cerebro leí que para conseguir ver un rostro en una cara, para concebirla como un rostro, no se precisa tanto captar la totalidad de los rasgos como tener consciencia del óvalo. Sin el óvalo es imposible, porque es éste el que dota de un límite a la historia, el que reúne todos los elementos en un todo inteligible. La propia vida, mientras dura, puede servir como un óvalo de este tipo. También, ya *post mortem*, la línea que enhebra el relato de lo que ocurrió en el pasado hace las veces de óvalo. De golpe y sin oponer resistencia, todo el contenido de aquella casa se supo reducido a la condición de basura, perdió cualquier dimensión humana y dejó de recordar o significar algo.

Confrontada con todo aquello y entregada a la labor que me había llevado allí, me sorprendió que en una casa donde

se leía tanto se escribiera tan poco e intenté encontrar, con vacilante ternura, las teclas que podía pulsar: ciertas frases del pasado remoto o más próximo, historias que ella me había contado, preguntas de cómo le iba a mi *enano*, es decir, a mi hijo, que estaba creciendo, el relato de una marcha en los años treinta a través de los campos, la irrecuperable tela de las palabras que se desvanecía deprisa. «Nunca diría fastuoso, sino sólo lujoso», me dijo una vez la tía Galia en tono severo. Y también otras cosas que ya no alcanzo a recordar, algo sobre un padre al que llamó padrecito, cotilleos de las amigas, novedades de las vecinas, noticias de una vida muy solitaria que se bastaba a sí misma.

No obstante, el apartamento era también un lugar de escritura y lo descubrí muy pronto. Entre los objetos de los que la tía Galia no se separó hasta el último instante, posesiones que pedía le alcanzaran y solía acariciar, había volúmenes y volúmenes de diarios llenos de anotaciones, apuntes de una crónica escrita día a día, que llevó durante años, *nulla dies sine linea*, con carácter obligatorio, como lo era levantarse por la mañana y lavarse. Todavía estaban en una caja de madera junto a la cabecera de su cama, y eran muchos: alcanzaron a llenar las dos bolsas grandes en las que me los llevé a casa, al pasaje Bannii, donde emprendí inmediatamente su lectura en busca de un relato, de explicaciones, del óvalo. Y los leí enteros. ¡Vaya si eran extraños aquellos diarios!

Para cualquier lector apasionado de diarios y cuadernos de notas, éstos se dividen en dos categorías bien definidas. En la primera de ellas el texto está concebido para tener un carácter oficial, explicativo. Es decir, que está pensado para ser conocido por alguien, leído. En esos casos el cuaderno se convierte en un campo de tiro, un lugar donde depurar y entrenar un yo exterior, y como sucede en el diario decimo-

nónico de María Bashkirtseva, por ejemplo, se convierte en una declaración manifiesta, un monólogo interminable dirigido a una instancia invisible pero claramente existente.

Me interesan más otro tipo de diarios, aquellos que constituyen un instrumento de trabajo que calza como un guante en la mano del artesano y resulta, por tanto, de escasa utilidad para el extraño. Susan Sontag, quien practicó el género durante décadas, hablaba de sus diarios como de una herramienta, una expresión que no me parece muy atinada. Los cuadernos de notas de Sontag, y no sólo los suyos, son algo más que una manera de guardar ideas sobre las que volver más tarde, como hacen las ardillas con las nueces que guardan en los abazones, o dejar una rápida crónica de algún suceso en tres trazos para recurrir a ella más tarde si es preciso. Se trata de una práctica diaria que resulta indispensable para personas de un tipo particular: es el armazón sobre el que se sostiene su apego a la realidad y la confianza en la continuidad de la misma. Esos textos presuponen un solo, un único lector, pero uno que estará extremadamente interesado en su lectura. ¡Sólo faltaría! Basta con abrir el cuaderno por cualquier página para que se asegure de su propia existencia. El cuaderno de notas es una colección de pruebas materiales que confirman que la vida tiene una historia y una duración y, lo que es más importante, que su autor tiene cada instante pasado al alcance de la mano.

La mayor parte de esos elementos (tan pródigamente presentes en los diarios de Sontag: listas de películas y libros leídos, colecciones de palabras eufónicas, extractos del pasado secados como setas) nunca saldrán de esas páginas, no tendrán consecuencias, no se desarrollarán en un libro/un artículo/una película, no serán la base o el punto de partida de un trabajo real. Tampoco las anima la menor intención de explicarle algo a alguien más que a quien los anotó: fueron escritos con una letra que galopó rauda sobre el papel, una letra escrita tan deprisa que a veces resulta difícil determi-

nar lo que se quiso decir. Esos diarios no son más que un frigorífico, o un *nevero*, como se les llamaba en otros tiempos, donde guardar productos de la memoria rápidamente perecederos, un territorio donde se acumulan pruebas y confirmaciones, coartadas materiales de relaciones inmateriales, por utilizar la fórmula de Goncharov.

Hay algo desagradable y turbio en todo esto, tal vez debido al exceso de acumulación. Y digo esto a sabiendas, porque yo misma padezco de ese mal y mis cuadernos de trabajo suelen parecerme un lastre: un peso muerto y excesivo del que quisiera desprenderme. Mas ¿qué quedaría de mí si lo hiciera? En su libro *La mujer en silencio*, Janet Malcolm describe el interior de una casa que se asemeja un poco a mi propio cuaderno de notas, lo que me produjo cierto desasosiego. Recuerdo que mencionaba revistas, libros, ceniceros llenos de colillas, souvenirs del Perú cubiertos de polvo, platos sucios y cajas de pizza, tarros, cajitas, pequeños abridores, guías *Who's Who* capaces de ofrecer un conocimiento preciso de todo, objetos de toda índole incapaces de significar algo, porque ya hacía tiempo que habían perdido cualquier semejanza con lo que fueron. Malcolm veía en esa casa el aleph borgesiano, *una monstruosa alegoría de la verdad*, un amasijo de versiones, hechos crudos, que todavía no habían adoptado el prístino orden del relato.

Pero los diarios de mi tía Galia eran de un tipo muy distinto y a medida que avanzaba en su lectura, su trama, semejante a la de una tupida red, se tornaba cada vez más enigmática e interesante.

En las exposiciones de arte que visitaba de pequeña veía siempre un tipo de visitante muy particular: por alguna razón se trataba sobre todo de mujeres que iban de cuadro en cuadro, se inclinaban ante las cartelas con los datos y tomaban notas en un folio o un cuaderno. En algún momento fui

consciente de que lo que hacían era copiar los títulos de todas las obras expuestas, crear una suerte de catálogo manuscrito, una suerte de copia inmaterial de lo que veían expuesto. Al principio me preguntaba qué sentido tenía aquello, pero después comprendí que aquellas listas les daban la ilusión de la posesión: la exposición cumpliría su ciclo y las obras serían dispersadas, pero el orden en que los cuadros y las esculturas habían sido expuestos inicialmente se conservaría en aquellos folios y de ese modo la exposición existiría siempre.

Los diarios de la tía Galia constituían listas semejantes de todo lo ocurrido durante la jornada; listas sorprendentemente detalladas, a la vez que sorprendentemente parcas. En sus páginas aparecían documentados con todo detalle las horas en que se levantaba y acostaba, los programas de televisión que veía y las llamadas telefónicas que recibía, anotaba las señas de las personas que las hacían y también registraba lo que comía o cocinaba. Y al mismo tiempo, lo que se ocultaba con virtuosismo y celo era el contenido del día, todo aquello que lo llenaba. Escribía, por ejemplo: «Estuve leyendo un rato», pero nada decía de la lectura misma, ni del juicio que le había merecido. Toda su vida larga fue minuciosamente registrada de esa manera. Pero no había pistas del contenido de esa vida: ni una palabra acerca de sí misma o los demás, nada que rebasara los detalles prolijos o concisos que fijaban el transcurso del tiempo con exactitud notarial.

Jamás me abandonó la idea de que esa vida tendría que asomar en algún momento, mostrarse siquiera una vez y revelarlo todo de sí. A fin de cuentas, su vida fue un ejercicio intensivo de lectura y, por lo tanto, de reflexión, y consistió también en la prolongada cocción de toda suerte de caprichos y agravios apuntados en diversas direcciones, que significaron siempre mucho para mi tía y ocuparon buena parte de su existencia. Algo de todo ello debió haber encontrado asiento en los diarios y resolverse en un párrafo lleno de

ira en el que la tía Galia dijera al mundo y a nosotros mismos, sus inmediatos representantes toda la verdad, todo lo que opinaba de nosotros.

Pero nada de ello había en los cuadernos. Había matices y semitonos, algunos pliegues del texto que contenían alguna emoción: algún hurra en el margen en ocasión de una llamada de mi padre o mía, alguna que otra frase amarga, aunque escasamente explícita, en los aniversarios de sus propios padres. Básicamente, eso era todo. Era como si el objetivo principal de cada anotación, de cada cuaderno llenado año tras año, fuera dejar un testimonio fidedigno de su vida externa, mientras que la vida verdadera, su vida interior, se la guardaba para sí. Mostrarlo todo. Ocultarlo todo. Conservar a perpetuidad.

¿Por qué daba tanto valor a esos cuadernos? ¿Por qué los mantuvo a su lado hasta el último día, temiendo que se perdieran, y pedía que se los acercaran? Tal vez fuera que aquel texto tal como resultó, y resultó ser un relato acerca de la soledad y el hundimiento progresivo en la nada, tenía para ella la fuerza de un escrito de acusación: el mundo y nosotros deberíamos leer todo aquello y comprender de una vez por todas lo mal que nos portamos con ella.

O tal vez, y esto daba grima pensarlo, en aquellos hechos insignificantes ella apreciaba un hálito de alegría que deseaba immortalizar, transportar aquellas páginas al género de los manuscritos que, como escribió Bulgákov, no arden, páginas que hablan al lector, aunque sin pretender erigirse en un testimonio. Si eso era así, hay que admitir que acabó consiguiéndolo.

11 de octubre de 2002

Voy de cabeza otra vez. Ahora es la 1:45. Acabo de poner en remojo unas toallas, unos camisones y otras boberías. Todo lo que había que lavar, menos lo negro. La ropa de cama la lavaré después. Antes recogí todo lo que había en el balcón. Hay 3 °C ahí afuera,

¡a ver si se me van a congelar las verduras! Pelé una calabaza y la guardé en rodajas. Congeladas. ¡Me costó horrores! Las dos horas que duró el concierto en el canal RTR no me alcanzaron para tenerlo todo listo. Antes bebí una taza de té con leche.

Estaba tan derrengada que eché una cabezadita entre las 4 y las 6. Antes llamó T. V. para preguntar por el teléfono en la Voiskóvskaja. Hizo otra llamada antes de las 12 para preguntarme si me iba la tele. Pero no va ningún canal desde primera hora de la mañana. Me levanté sobre las ocho, cuando Seriozha [un vecino, M. S.] se lavó y no salió de casa hasta después de las nueve, porque me tomó mucho tiempo prepararme. El autobús de la línea 3 llegó a las 9:45. Tuve que esperarlo un buen rato. Mejor habría tomado el 171. Al llegar ya había un gentío en todas partes y la espera era larga. La estación de autobuses, los diarios. Pero alcancé a comprar una calabaza, la primera que me encuentro esta temporada, y zanahorias. Llegué a casa a mediodía. Quería ver *Colombo*. Ya en la noche, sobre la 1:45, me tomé la pastilla de la presión y esperé a que me bajara para tomarme otra. Pero después de andar de aquí para allá veinte minutos no pude tomarme la presión otra vez y me fui a dormir.

8 de julio de 2004

Hizo una mañana de sol, y nada de lluvia. Me tomé un café con leche condensada y me fui a la calle Altaiskaia sobre las 11. Había un montón de gente, así que me quedé sentada largo rato, hasta poco antes de las 13, junto al estanque, mirando las plantas, las nubes, el cielo y cantando. ¡Me lo pasé de bien!

Había gente paseando a perros, o llevando a niños en cochecitos por los senderos. Había grupos de gente tomando el sol en bañador, pasando el rato entre risas. Ya sin hacer cola, compré un poco de crema de queso fresco y volví a casa lentamente. Junto al nuevo colegio han sembrado unas plantas primorosas: tréboles espigados, rosales silvestres... ¡Una belleza! En el camino de vuelta encontré a unos chiquillos jugando en un coche averiado. Tenían una botella de plástico llena hasta arriba de unas vainas. Me dijeron que eran comestibles.

11 de octubre de 2005

No tenía sueño ni ganas de levantarme, de moverme, de hacer nada... A las 10:40 traje el correo y me metí en la cama otra vez. Al rato vino Sveta, tan lista que es: ¡siempre hace la compra mejor que yo! Tomé una taza de té y estuve acostada el resto del día. Le di las gracias a Vla. Vas. por el correo.

Bobrova me llamó a las 12:00 y consiguió que me pusiera al fin. El jueves pasó por aquí...

Llamé a la clínica Morozka y a Ira, la de Servicios sociales. Después, por la tarde, llamé también a Yurchuk. Recogí la ropa limpia que había doblada en la silla con el televisor encendido. Me acosté a las 23:30.

Hace calor. Me puse la falda de Tona. «Una vida de un gris descolorido es una vida inútil», como se suele decir. ¡Té por la mañana y café por la noche! ¡No tengo nada de apetito!

Y, sin embargo, en los diarios había una frase que no se parecía a las demás. La anotó el 17 de junio de 2005:

Llamé a Sima por la mañana. Después saqué el álbum. Por supuesto, lo sacudí bien para que salieran todas las fotos y estuve largo rato mirándolas después. No tenía ganas de comer y esa ocupación me provocó una angustia tan grande, lágrimas y mucha tristeza por el tiempo ya pasado, por todos los que ya no están aquí y por esta vida sin sentido o, mejor, inútil que llevo, por el vacío que tengo en el alma... Tuve deseos de olvidarme de todo.

Así que me tumbé en la cama de nuevo y me pasé todo el día durmiendo, qué cosa más rara, más incomprensible, dormí sin salir de la cama hasta que cayó la noche, hasta las ocho, cuando me levanté, me bebí un vaso de leche, corrí las cortinas, me volví a tumbar y continué sumida en el mismo sueño que me apartaba de la realidad. El sueño es mi salvación.

Pasaron varios meses o años. Los cuadernos de Galia andaban por ahí, sepultados bajo papeles de esos que dejas enci-

ma del resto porque crees que los necesitarás, y después van envejeciendo, aunque permanecen siempre al alcance de la mano, como los trastos domésticos. Una visita a Pochinki me los trajo de nuevo a la mente.

Pochinki, una pequeña ciudad de provincias en la comarca de Arzamás, a doscientos y un buen pico de kilómetros de Nizhni Nóvgorod, gozaba de una dudosa fama entre los miembros de nuestra familia. Era el lugar de donde todos habían salido y al que nadie había vuelto jamás en setenta años, ni había hecho nada por volver. Nabokov escribió que la existencia es una grieta de luz suave entre dos eternidades de un color negro ideal. Con los años, Pochinki, un villorrio tranquilo y carente de interés, se convirtió en esa negra eternidad en la memoria colectiva de la familia.

En Pochinki, por lo visto, nuestra familia era muy numerosa. Recordaba vagamente las historias de aquellos que eran más de diez hermanos y hermanas, fotografías en las que aparecían carros sujetos a caballos y construcciones de madera. Todo ello palidecía, no obstante, ante las historias más cercanas en el tiempo de las increíbles aventuras de mi bisabuela Sarra Guinzburg, oriunda de Pochinki. De algún modo, la bisabuela consiguió pasar una temporada en las cárceles zaristas, vivir un tiempo en Francia, concretamente en París, estudiar medicina, ejercerla curando a niños soviéticos, entre ellos mi madre y yo misma, y todo lo que de ella se contaba tenía el glorioso sabor de la leyenda. Una leyenda, cuyos orígenes nadie se entretuvo nunca en verificar.

Teníamos también, por cierto, un pariente que siempre estaba preparando un viaje a lo que quedaba de Pochinki como quien se apresta a emprender una expedición polar y no paraba de animar a familiares lejanos y próximos—a mí entre ellos—para que lo acompañáramos. Sus ojos desprendían una luz inusitada y estaba imbuido de un entusiasmo que funcionaba como un motorcito y cuya razón de ser compartía con todos los adultos de la familia. Lenia, que así se

llamaba, no venía mucho a Moscú y en una ocasión en que lo hizo, ansioso por compartir sus planes de viaje a Pochinki, al no encontrar a mis padres, ya entonces residentes en Alemania, tuve que hacer de representante de la familia. Aunque nunca me había sentido atraída por semejantes periplos sentimentales, me sentí animada de repente: por primera vez el lugar del que habíamos salido me pareció asequible y, por lo mismo, real. Y cuanto más insistía mi interlocutor en las penurias del viaje y la enorme distancia que había que recorrer, circunstancias que hacían más remota la posibilidad de ponernos en camino, porque exigían preparación y planificación, más claro veía que, de una u otra manera, llegar allá resultaba posible. Lenia, que vivía en Sarátov, quería que viajáramos a Pochinki todo el clan, imaginándose algo parecido al regreso de las tribus de Israel, o sea algo multitudinario. Y tanto se preparó para el viaje que nunca lo llegó a emprender: murió hace unos diez años. De modo que Pochinki continuaba siendo un lugar imaginario, como la legendaria ciudad de Kitezh.

Pero, poco a poco, me fui acercando a la meta. No sé qué me impulsaba exactamente, tampoco sé qué esperaba descubrir en Pochinki, pero antes de ponerme en camino busqué en internet para familiarizarme un poco con lo que iba a encontrarme. Resultó que se trataba de un lugar verdaderamente recóndito, que un viejo mapa ubicaba bastante más allá de Arzamas, en la comarca de Lukoyánov, junto a la propiedad que Pushkin tuvo en Bóldino, encajado entre aldeas con nombres como Utká y Poguibelka. A tales confines los trenes ni se acercaban: había que viajar por carretera unas tres horas desde la estación de ferrocarril más cercana. Finalmente, decidimos hacer el viaje sin extraños rodeos y alquilar un coche en Nizhni Nóvgorod.

Salimos a primera hora de la mañana por unas calles coloreadas de rosa que todavía no se habían recuperado del invierno. El entorno urbano resultaba extraño, aunque conser-

vaba algún vestigio del pasado: las construcciones industriales se alternaban con casitas de madera, que con sus tapias y empalizadas no concedían ni un ápice al mundo nuevo, ora hundiéndose en los barrancos, ora asomando con sus ventanas de vidrio. Cuando tomamos la carretera, el coche echó a correr como si nadie lo llevara, alcanzando la velocidad demencial de un bólido de carreras. Con las manos sujetando el volante, el conductor, padre de un niño de tres meses, guardaba un silencio cargado de desdén. La carretera subía y bajaba siguiendo los altibajos que dibujaban avaras olas; la nieve desquiciada formaba montículos como nalgas bajo los pinos. Kilómetro a kilómetro aumentaba la pobreza. Las nuevas iglesias despedían un brillo de porcelana en medio de las aldeas cubiertas de hollín, blancas como coronas en la consulta del dentista. Llevaba conmigo una guía de viajes que prometía las bellezas de Arzamas, que pronto dejamos atrás por el lado derecho. También cargaba con un librito sobre Pochinki publicado veinte años atrás. En él se mencionaba la tienda del «judío Guinzburg», donde se vendían máquinas de coser, y eso era todo. De la heroica Sarra, nada de nada.

El viaje duró varias horas hasta que al fin comenzaron a asomar sombrías colinas. Sombrías, precisamente, y del color del cobre oscuro. No las de la Toscana o las de Mandelstam; estas colinas parejas, que aparecían y desaparecían sin cesar, como la inspiración y la exhalación, más bien recordaban las de Umbría. A veces espejeaba fugazmente la superficie del agua. Cuando dejamos atrás la encrucijada que conduce a Bóldino, comenzaron a aparecer monumentos de Pushkin. Según la leyenda, su amante aldeana había nacido en Lukoyánov, la aldea que daba nombre a la comarca. Había madera apilada por todas partes.

La pequeña ciudad fue construida en torno a una larga vía principal. De ella salían a izquierda y derecha calles perpendiculares primorosamente trazadas. Al otro lado, se alzaba una bonita iglesia de estilo clasicista. Se trataba, según

la guía, de la iglesia de la Natividad de la que alguna vez estuvo encargado el sacerdote Orfanov. Ese apellido me resultaba familiar: Valia Orfánova solía mandarme saludos cuando yo era pequeña y en una ocasión pidió a su madre que me comprara un libro de su parte, «para que Masha nos recuerde». De lo que había en ese momento en la librería de viejo, su madre eligió un tomito de poemas de Fiódor Sologub. Por desgracia, se trataba de un cuadernillo de versos tardíos, y por lo mismo revolucionarios, publicado en 1923. Ciertamente, versos como «Soy un proletario libre con un corazón ardiente en el pecho» no valían un pimiento, según mi vara de medir de entonces, porque todavía no estaba en condiciones de gozar de su música, que no era poca:

El caballo del oficial
de la fuerza enemiga
clavó los cascos en mi corazón,
en mi corazón los clavó.

María Alekséievna Fufáeva, historiadora de la vida local, nos recibió en una plaza tan desolada que daba ganas de darse la vuelta y marchar a cualquier lugar donde hubiera cosas que contemplar y tocar. Aunque era domingo nos abrieron la biblioteca, asiento de la cultura del lugar, donde se exponían acuarelas centenarias con retratos de las casas y las calles de Pochinki. Las había prestado una familia alemana que vivía en Pochinki desde finales del siglo XIX, cuyo apellido recordé haber oído cuando niña: Goettling. Las acuarelas tenían un punto *gemütlich* [‘acogedor’] y rebosaban color. Una mostraba la alegre casita rodeada de malvas y coronada por un rótulo, BOTICA, donde Augusta Goettling, la hermana del pintor de las acuarelas, preparó a mi joven bisabuela para el examen de ingreso al Gimnasio. La casa todavía estaba en pie, con los muros cubiertos de una suerte de hormigón; habían desaparecido el pequeño zaguán, las flores y los

jambajes de madera tallada. En cambio, del lugar donde vivió mi bisabuela Sarra a principios del siglo xx con los suyos, del amplio patio de labor y una carreta, nadie sabía nada.

Y eso fue todo. Pasaba como con las anotaciones del diario de la tía Galia, donde había que conformarse con los partes del tiempo, las listas de la compra y la programación de la tele. Tampoco en Pochinki había nada más. Lo que se escondía bajo la superficie, palpitante e impaciente, no tenía prisa en asomar, si es que se disponía a hacerlo en algún momento. Nos ofrecieron té y nos dieron un paseo. Yo andaba con la vista clavada en el suelo, como si intentara encontrar un kopek.

El pueblo todavía no alcanzaba a colmar los contornos de la que antaño fue la ciudad que contaba con la feria de caballos más grande de toda la comarca, cuando no de toda la provincia. Atravesamos la que alguna vez fue la plaza del mercado: la enorme superficie de terreno estaba ahora llena de árboles y en su centro se alzaba un monumento a Lenin del color plomo. Saltaba a la vista que aquel lugar desconocía ya el trato con la gente: era tan grande que no había sabido encontrar un nuevo uso. Las casitas de juguete salidas de las acuarelas se alzaban orondas en todo su perímetro, muchas de ellas con las huellas de las veloces y forzosas obras de reconstrucción a las que fueron sometidas. Aún me mostraron otro espacio vacío: el cuadrado de asfalto que había en el lugar donde en los años veinte se alzó el quiosco de Salomón Guinzburg, el hermano mayor de Sarra. Nos detuvimos a que nos sacaran una fotografía: un grupo de mujeres sombrías con gorros y abrigos. Soplaban un viento frío. Aún había otro monumento brillando en el borde de la hierba, junto a la carretera: al garañón *Caporal*, que sirvió de semental en estas tierras durante veinte años.

Si se avanzaba un trecho en el coche, cruzado el río Rudniá, se llegaba a un complejo de viejos edificios, del tamaño de una pequeña urbanización. Eran las caballerizas de la

guardia de honor del Regimiento de Caballería, construidas en los tiempos de Pushkin. Antiguamente allí ya se habían criado caballos, «potros de argamak y nogay, corceles, caballos castrados y yeguas nogay, así como potros rusos y potros gregarios», pero Catalina II imprimió un carácter industrial a la reproducción equina y mandó levantar una fábrica gigante de líneas clásicas y blancura cegadora, con una primorosa aunque ya caída torrecilla central y un portal de entrada que tenía su reflejo, como si de un espejo se tratara, al otro lado del cuadrado central. Todo ello se hizo con el propósito de que se convirtiera en un fundamento de civilización, un islote dedicado a la causa de la reglamentación petersburguesa. No fue hasta hace muy poco, los años noventa del siglo pasado, que la fábrica languideció definitivamente. Ahora la rodeaba un campo que el largo invierno había pulido hasta dejarlo desierto. Los últimos caballos andaban despacio por los corrales con las cancelas abiertas: alazanes pesados con las crines descuidadas y el pelo claro. Alzaban la cabeza y estiraban el hocico hacia las manos que se le tendían. El cielo, a esa hora, había adquirido un tono cegador, las nubes semejaban un bancal echado al vuelo, la pintura desconchada dejaba ver los cuerpos rosáceos de los edificios.

Habíamos hecho ya la mitad del camino cuando me percaté de repente de que había pasado por alto lo más importante: no podía ser que en un lugar como aquél no hubiera un cementerio, un cementerio judío o cualquier otro, donde reposaran los míos. El chófer iba a toda pastilla sin bajar de los ciento veinte y los nombres de los pueblos se sucedían como fogonazos: Surovátika, Peshelán. Decidí llamar a Fufáeva. Se lo pregunté. Hacía mucho que no había un cementerio en Pochinki, como tampoco había judíos. Aunque uno sí quedaba y ella lo conocía y sabía su nombre. Por raro que pudiera parecer, se apellidaba Gurévich. Como mamá.